

CONSTANCIA

El día había amanecido lluvioso y Amelia llevaba varias horas jugando con su hermana Laura. Su habitación había mutado varias veces a lo largo de la tarde en distintos escenarios donde realizar sus juegos. De pronto sonó la puerta de la calle y el rostro de ambas niñas se iluminó como una luciérnaga al llegar la primavera.

-¡Mamá! Gritaron ambas al unísono.

Corrieron por el pasillo hasta llegar a su madre con la que se fundieron en un eterno y dulce abrazo. Podían sentir el suave olor al perfume de su madre e incluso escucharon el conocido latido de su corazón.

Poco después las tres ya estaban en el salón y Amelia con sus inocentes cinco añitos la enseñó a su madre una foto que había encontrado "investigando" por unos recónditos cajones durante la tarde.

-“Esa es vuestra abuela Berta en uno de sus concursos”

-¿Qué concursos mami? Pregunto rápidamente Laura.

- Mirad, niñas. Vuestra abuela tenía una bonita voz y en el pueblo donde vivía todos los años en verano durante la festividad de la Patrona del pueblo se celebraba un concurso de canciones en el que participaban mayoritariamente los mozos del pueblo. La abuela como la gustaba mucho la canción, se animó a participar un año pero no la hicieron mucho caso pues parecía ser una tradición no escrita en ninguna parte que siempre ganara un varón.

-“Pero, ¿Si cantaba bien?, ¿Por qué no ganaba?” Apuntó Amelia.

-“Pues, porque nunca había ocurrido eso” Dijo la madre.

Sin embargo vuestra abuela lejos de desanimarse volvió a acudir al concurso al siguiente año y al siguiente, dispuesta a cambiar aquella costumbre que había en el pueblo.

El resultado siempre era el mismo pero nunca apareció en el rostro de vuestra abuela el más mínimo signo de desánimo.

-“¡Qué valiente la abuela!” Afirmino Laura.

Vosotras sois muy pequeñas aun pero debéis entender esto de forma clara. Tenéis que luchar siempre por vuestros derechos puesto que son los mismos que los de cualquier otro ser humano, sea del sexo que sea.

-“Pero mamá” interrumpió rápidamente Amelia, “Acaba de contarnos la historia de la abuela”

De acuerdo, mirad niñas; después la abuela marchó a trabajar a la ciudad y durante ese año estuvo acudiendo a clases de canto con un profesor especializado. Allí aprendió a entonar y a dominar su bonita voz. Todo el mundo la admiraba en el centro de canto al que iba todas las noches a practicar.

La abuela Berta solo deseaba que llegase por fin el verano para acudir a su cita anual en el pueblo donde esta vez tendrían que valorar realmente su habilidad.

-“¿Pero esta vez, seguro que ganaría no?” Pregunto Laura.

Pues mirad hijas ahora es ya muy tarde y debéis cenar y acostaros. Mañana os contaré todo lo que pasó después.

Las niñas obedecieron pero aquella noche las canciones y la cara de su abuela se pasearon alegre y libremente por sus mentes. Soñaban con concursos, trofeos, aplausos, reconocimiento público al trabajo de su abuela...

El día siguiente se hizo eterno para ellas, las horas parecían estancadas y no pasaban. Necesitaban conocer cómo acabaría la historia.

Cuando llegó su madre ambas estaban preparadas con la foto de su abuela en la mano. Después de sus abrazos y sus besos habituales su madre continuó.

Aquel año la abuela llegó al pueblo para presentarse al encuentro con mucha más confianza en sí misma.

Lo cierto es que en su mente nunca había deseado el premio. Para ella el premio era conseguir ser valorada igual que se valoraba a los chicos del pueblo.

Cuando comenzó su actuación y las primeras notas empezaron a emerger de sus cuerdas vocales, la gente del público enmudeció. Todos parecían hipnotizados por su voz. Todos tenían sus ojos abiertos como platos y sus corazones golpeaban sus pechos al unisonó como tambores al ritmo que marcaba la voz de Berta. Cuando acabó la canción el estruendo fue grandioso. Nunca se había oído una ovación tan sentida y a la vez tan merecida en el pueblo. Berta bajo del escenario a la vez victoriosa y alegre por el reconocimiento que al fin había conseguido.

-“¡Qué bonito mami” afirmó Laura.

“Si”, respondió la madre” fue una gran victoria”

-“¿Y no la dieron el premio?” Preguntó Amelia.

“No”, dijo la madre porque no ganó el concurso tampoco ese año.

-“Tú has dicho que salió victoriosa”, replicó enfadada Amelia.

Si, así fue. Salió victoriosa porque demostró que era la mejor y que podía hacerlo mejor que los chicos de allí. Sin embargo se volvió a cumplir aquella ancestral tradición de que siempre ganaba un chico.

-¡Que injusto ¡ gritaron las dos niñas muy enfadadas.

Si, respondió la madre pero aquel día todo el mundo se fue convencido de que el premio quizás lo había recogido alguien que no lo merecía y quizás algún día gracias al pundonor de vuestra abuela y a la educación que yo os estoy dando, vosotras podréis recoger el premio del reconocimiento como mujeres que sois. Así que participad siempre en todos los concursos que os ponga delante la vida y algún día las mujeres conseguiremos el premio de la igualdad. De esta forma vuestra abuela recibirá el premio por el que siempre luchó.